

Furioso consigo mismo por haber revelado un bochornoso secreto, echó su cólera sobre Bernard. El mirar de sus ojos era ahora francamente malévol.

-Quiero aprovechar esta oportunidad, señor Marx -siguió-, para decirle que no estoy del todo satisfecho de los informes que recibo acerca de su conducta en las horas después del trabajo. Quizá diga usted que eso no me interesa. Pero sí me interesa, y mucho. Tengo que velar por el buen nombre del Centro. Es preciso que mis trabajadores estén a cubierto de cualquier censura, particularmente los de las castas superiores. Los Alfas están acondicionados de tal suerte, que no están obligados a ser infantiles en su conducta emotiva. Pero esto es una razón demés para que hagan un especial esfuerzo para adaptarse. Su deber es ser infantiles, aun contra su inclinación. Y así, señor Marx, se lo advierto por su bien.

La voz del Director vibraba con una indignación que habíase vuelto austera e impersonal, y era la expresión de la desaprobación de la Sociedad misma.

-Si me informan de nuevo de cualquier falta de usted en lo que se refiere a las normas de decoro infantil, pediré su traslado a un subcentro de Islandia. Buenos días.

Y dándose vuelta en su silla giratoria, cogió la pluma y se puso a escribir.

"Esto le servirá de lección", dijo para sí.

Mas se engañaba, pues Bernard salió del despacho lleno de triunfal orgullo, cerrando de golpe la puerta, pensando que él solo hacía frente a todo el orden de cosas establecido; exaltado por la embriagadora conciencia de su significación e importancia individual. La idea de la persecución no sólo le dejaba impávido, sino que obraba como un tónico más bien que como un deprimente. Sentíase lo suficientemente fuerte para afrontar y vencer a las calamidades; lo suficientemente fuerte para afrontar hasta a Islandia. Y esta confianza era tanto más fuerte, cuanto que no creía tener que afrontar nada. No se trasladaban tan fácilmente a las personas por motivos de esta índole. Islandia era sólo una amenaza. Una amenaza para estimularle y vivificarle. Iba silbando corredor adelante.

A la tarde hizo un relato heroico de su entrevista con el D.I.A.

"Tras lo cual -terminaba- le he dicho claramente que se fuese al Pasado Sin Fondo y me he salido del despacho. Y se acabó."

Miró expectativamente a Helmholtz Watson, esperando una recompensa de simpatía, ánimos, admiración. Pero ni una palabra. Helmholtz siguió sentado en silencio, mirando al suelo.

Quería a Bernard; le agradecía el ser el único hombre entre sus conocidos con quien se podía hablar de los temas que él creía importantes. Había, sin embargo, en Bernard cosas que le cargaban. La jactancia, por ejemplo. Y las explosiones de propia conmiseración con que alternaba. Y esa deplorable costumbre que tenía de ser valiente a posteriori, lleno -pasado el lance- de la más extraordinaria presencia de espíritu. Detestaba todo esto, precisamente porque quería a Bernard.

Pasaba el tiempo. Helmholtz seguía mirando al suelo. Y de repente Bernard se avergonzó y desvió su mirada.

III

El viaje efectuóse casi sin incidente. El Cohete Azul del Pacífico llegó a Nueva Orleans con dos minutos y medio de adelanto, perdió luego cuatro minutos a causa de un tornado sobre Tejas, pero encontró una corriente de aire favorable en los 95 grados de longitud Oeste, y pudo aterrizar en Santa Fe con menos de cuarenta segundos de retraso con la hora del horario.

-Cuarenta segundos en un vuelo de seis horas y media, no está mal -concedió Lenina.

Durmieron aquella noche en Santa Fe. El hotel era excelente, incomparablemente mejor pongo por caso, que aquel horrible Aurora Boreal Palace que Lenina había padecido el verano último. Aire líquido, televisión, vibromasaje por el vacío, radio, cafeína en infusión, preservativos calientes y perfumes de ocho diversas clases estaban instalados en cada habitación. El aparato de música sintética se hallaba funcionando en el momento en que entraban en el hall, y no dejaba nada que desear. Un anuncio en el ascensor advertía que había en el hotel sesenta canchas de Pelota-Escalator a raqueta, y que el golf con obstáculos y electromagnético podían jugarse en el parque.

-¡Pero esto es sencillamente magnífico! -exclamó Lenina-. Casi querría que pudiésemos quedarnos aquí. ¡Sesenta canchas de Pelota-Escalator!...

-No las habrá en la Reserva -dijole Bernard, a guisa de advertencia-. Ni perfumes, ni televisión, ni siquiera agua caliente. Si crees que no lo podrás soportar, quédate aquí hasta mi vuelta.

Lenina casi se ofendió.

-Claro es que puedo soportarlo. Si he dicho que esto era muy agradable, ha sido porque... bueno, porque el progreso es muy agradable, ¿no es así?

-Quinientas repeticiones, una vez por semana, desde los trece a los dieciséis años -dijo cansado Bernard, como si hablase consigo mismo.

-¿Qué dices?

-Digo que el progreso es muy agradable. Y precisamente por eso no debes ir a la Reserva si no tienes muchas ganas.

-Pero si las tengo...

-Muy bien, entonces -dijo Bernard; y parecía casi una amenaza.

Su permiso debía ser refrendado por el encargado de la Reserva, en cuya oficina se presentaron a la mañana siguiente. Un ujier negro, Epsilon-Más, pasó la tarjeta de Bernard, quien fue recibido casi inmediatamente.

El encargado era un rubio y branquicéfalo Alfa-Menos, bajo, colorado, de cara redonda y anchas espaldas, con una voz fuerte y sonora muy a propósito para la repetición de máximas hipnopédicas. Era una cantera de informes inútiles y de buenos consejos no pedidos. En cuanto se arrancaba, seguía y seguía con su voz tonante.

...quinientos sesenta mil kilómetros cuadrados, divididos en cuatro subreservas, rodeadas cada una de una tela metálica, por la que circula corriente eléctrica de alta tensión...

En este momento, y sin aparente razón, de repente se acordó Bernard de que había dejado abierto el grifo del agua de Colonia de su cuarto de baño.

... de alta tensión, procedente de la estación hidroeléctrica del Gran Cañón.

"Me costará una fortuna de aquí a que vuelva."

Con los ojos del alma veía Bernard la aguja del contador de perfume dar vueltas y vueltas en la esfera, como una hormiga, infatigablemente.

"Telefonaré, urgente, a Helmholtz Watson."

...más cinco mil kilómetros de tela metálica a sesenta mil voltios.

-¿De veras? -dijo Lenina atentamente, no sabiendo ni por asomo lo que el encargado había dicho, pero amoldando su respuesta a su teatral pausa.

Cuando el encargado se puso a perorar con voz tonante, tomó discretamente medio gramo de *soma*, a resultas de lo cual podía estar allí, serena, sin oír ni pensar en nada, pero con sus grandes ojos azules fijos en el rostro del encargado con una expresión de profunda atención.

-Tocar la cerca es la muerte instantánea -dijo solemnemente el encargado-. No hay quien se escape de una Reserva de Salvajes.

La palabra "escape" era una evocación.

-Quizá -dijo Bernard, medio levantándose- convendría pensar en despedimos.

La manecilla negra corría como un insecto, royendo el tiempo, royendo su dinero.

-No hay quien se escape -repitió el encargado, haciéndole sentir de nuevo con un ademán de su mano; y como el permiso no está aún contrasignado, no tuvo Bernard otro remedio que obedecer.

-Los que nacen en la Reserva, no lo olvide, señorita -añadió mirando lubricamente a Lenina, y con un incorrecto cuchicheo- no olvide que en la Reserva *nacen* aún hoy los niños, aunque parezca absurdo e irritante...

Esperaba que su alusión a tema tan escabroso haría ruborizar a Lenina; pero ella sonrió sólo con una simulada comprensión y dijo:

-¿De veras?

Decepcionado el hombre, repitió:

-Los que nacen, digo, en la Reserva están destinados a morir allí.

"Destinados a morir allí... Un decilitro de agua de Colonia por minuto. Seis litros por hora".

-Quizá -probó Bernard de nuevo- convendría...

Echándose hacia adelante, golpeó el Encargado la mesa con su índice.

-Me preguntarán ustedes cuánta gente vive en la Reserva. Y les respondo -triumfalmente-, y les respondo que no lo sabemos. No es posible hacer un cálculo exacto.

-¿De veras?

-De veras, señorita.

Seis veces veinticuatro...no, más aproximado seis veces treinta y seis. Bernard estaba pálido y tembloroso de impaciencia. Pero el bramido continuaba inexorable.

...unos sesenta mil indios y mestizos... absolutamente salvajes... Nuestros inspectores los visitan de tiempo en tiempo... Aparte de esto, ninguna otra comunicación tienen con el mundo civilizado... Conservan aún sus repulsivos usos y costumbres... El matrimonio, si usted sabe lo que esto significa, señorita: la familia... Nada de acondicionamiento... monstruosas supersticiones... Cristianismo, totemismo, culto de los antepasados... Lenguas muertas como el zuñi, el español, el athapascán... pumas, puerco-espines y otros animales feroces... enfermedades contagiosas... Sacerdotes... Lagartos venenosos...

-¿De veras?

Habían logrado escapar al fin. Bernard lanzóse sobre el teléfono. Aprisa, aprisa; pero necesitó casi tres minutos para comunicar con Helmholtz Watson.

-¡Parece que estamos ya entre los salvajes! -lamentóse-. ¡Qué incompetencia!

-Toma un gramo de *soma* -sugirió Lenina.

Rehusó, prefiriendo su cólera. Por fin, gracias a Ford, se pudo entender; sí, era Helmholtz; Helmholtz, a quien le explicó lo que le había ocurrido y que prometió ir en seguida a su casa y cerrar la llave, y que aprovechó la ocasión para contarle que el D.I.A. había dicho en público, la noche anterior...

-¿Qué? ¿Busca otro para reemplazarme? -la voz de Bernard era angustiada-. Así, pues, ¿es cosa hecha? ¿Dijo algo de Islandia? ¿Sí? ¡Ford! ¡Islandia!...

Colgó el auricular y volvióse hacia Lenina. Estaba pálido y completamente abatido.

-¿Qué te pasa? -pregunto ella.

-¿Que qué me pasa? -dejóse caer pesadamente en una silla-. Que me van a enviar a Islandia.

A menudo se había preguntado en el pasado qué experimentaría si se viese sometido (sin *soma* y sin nada más que sus recuerdos interiores) a una dura prueba, una pena, una persecución; y hasta había deseado que le acaeciera. Una semana antes, en el despacho del Director, se había

imaginado resistiendo con valor, aceptando estoicamente el sufrimiento sin una palabra. Las amenazas del Director le habían exaltado y dándole la idea de ser más fuerte que los acontecimientos. Pero era, lo comprendía ahora, porque no las había tomado en serio; y no creyó que, llegado el caso, hiciera nada el D.I.A. Ahora que veía que eran reales las amenazas y que iban a cumplirse, Bernard sintióse anonadado. De su imaginado estoicismo, de su teórico valor no quedaba ni rastro.

Se indignó contra sí mismo -¡qué imbécil había sido!- con el Director -¡qué injusto era al no darle otra ocasión, alguna otra ocasión a la que, según ahora le parecía innegable, había siempre tenido intención de asirse!- Y nada menos Islandia, Islandia...

Lenina movió la cabeza.

-Fuí y seré me ponen triste -recitó ella-; tomo un gramo y sólo soy.

Al fin, convencióle de que ingiriese cuatro tabletas de *soma*. Cinco minutos después, raíces y frutos fueron suprimidos; la flor del presente abríase, color de rosa. Un aviso traído por el ujier anuncióles que, por orden del Encargado, un Guardia de la Reserva les esperaba con un avión en la azotea. Un ochavón de uniforme verde-Gamma les saludó y explicóles el programa para la mañana.

Una ojeada a vista de pájaro de diez o doce de los principales pueblos, aterrizaje para comer en el valle de malpaís. La hospedería era confortable y allá arriba, en el pueblo, los salvajes estarían probablemente a punto de celebrar su fiesta estival. Sería, pues, el mejor sitio donde pasar la noche.

Ocuparon sus puestos en el avión y partieron. Diez minutos después cruzaban la frontera que separaba la civilización de lo salvaje. Por montes y por llanos, a través de desiertos de sal o de arena, por entre bosques, por el fondo violáceo de los cañones, franqueando precipicios, picos y mesas, la cerca seguía irresistiblemente en línea recta, geométrico símbolo de la triunfante voluntad humana. A su pie, aquí y allá, un mosaico de blancas osamentas, un esqueleto aún no mondado, sombrío sobre la tierra leonada, señalaba el sitio donde el venado, o el toro, puma, puerco-espín o coyote, o bien los enormes y glotones buharros, que volaron bajos atraídos por el hedor de la carroña, fueron fulminados -se diría que por una poética justicia- al tocar los destructores alambres.

-Ni aprenden -dijo el piloto del uniforme verde señalando los huesos bajo ellos- ni aprenderán... -agregó riendo, como si en cierto modo se apuntara un tanto por cada animal electrocutado.

Bernard se echó a reír también; tras dos gramos de *soma* le parecía bien la gracia, sin saber por qué. Echóse a reír y, casi inmediatamente, se durmió, y dormido, pasó volando sobre Taos y Tesuco; sobre Namba. Picores y Pojoaque, Sía y Cochiti, sobre Laguna y Acoma y la Mesa Encantada, sobre Zuño y Cibola y Ojo Caliente, despertándose, por fin, y hallando que el aparato había aterrizado ya y que Lenina llevaba las maletas a una casita cuadrada y el ochavón verde-Gamma hablaba incomprensiblemente con un joven indio.

-Malpaís -explicó el piloto mientras Bernard bajaba-. Esa es la hospedería, y hay danza por la tarde en el pueblo. Este os guiará -y señaló con el dedo al adusto joven-. Creo que tendrá gracia -rió con una mueca-. Todo cuanto hacen tienen gracia -subióse al avión y puso en marcha los motores-. Mañana volveré. Y no lo olviden -agregó con tono tranquilizador dirigiéndose a Lenina-, son inofensivos por completo; los salvajes no le harán nada. Conocen demasiado bien las bombas de

gases para comprender que no hay que andar con bromas.

Sin cesar de reír, embragó las hélices del helicóptero, aceleró y partió.

CAPITULO VII

Semejaba la mesa un barco detenido por una calma en un estrecho de polvo leonado. Serpenteaba el canal entre cantiles; y descendiendo de una de las murallas hacia la otra, a través del valle, corría una línea verde: el río y las tierras de sus orillas. En la proa de este barco de piedra, en medio del estrecho y pareciendo formar parte de él, como un crestón de forma geométrica, se alzaba el pueblo de Malpaís. Bloque sobre bloque, cada piso más pequeño que el de abajo, las altas casas parecían escalonadas y truncadas pirámides recortándose en el cielo azul. A su pie se apiñaba un revoltijo de construcciones bajas, una maraña de tapias; y, por tres lados, precipicios cortados a pico sobre la llanura. Algunas columnas de humo subían verticalmente por el aire inmóvil y perdíanse.

-Extraño -dijo Lenina-, Muy extraño -tal era su habitual palabra de condenación-. No me gusta. Y este hombre tampoco -y señalaba con el dedo al guía indio designado para llevarlos al pueblo.

Tal sentimiento era evidentemente correspondido; hasta la espalda del hombre, mientras caminaba ante ellos, era hostil, sombríamente desdeñosa.

-Además -bajó la voz-, hiede.

De repente, pareció como si el aire se hubiese vuelto vivo y se hubiese puesto a latir, a latir con la infatigable pulsación de la sangre. Allá arriba, en Malpaís, redoblaban los tambores. Sus pies siguieron el ritmo de aquel misterioso corazón; aceleraron el paso. La senda que seguían llevóles al pie del precipicio. Los bordes del barco formado por la gran mesa erguíanse cual torres: casi cien metros de alto.

-Me gustaría haber podido traer el avión -dijo Lenina, mirando con enfado la desnuda muralla de rocas-. Me carga andar. ¡Y se siente uno tan chico cuando está al pie de una montaña!

Caminaron durante algún tiempo a la sombra de la mesa, rodearon luego un espolón, y en la otra ladera de un barranco cavado por las aguas vieron la subida. Subieron. Era un sendero escalonado que serpenteaba de un lado a otro del barranco. A veces el redoblar de los tambores se hacía casi imperceptible, otras parecía estuviere tras la primera revuelta.

Cuando estaban a la mitad de la subida, un águila pasó tan cerca de ellos que el aire de sus alas azotóles el rostro con un soplo fresco. En una quiebra de la roca yacía un montón de osamentas. Todo era absurdamente opresivo y el indio hedía cada vez más. Salieron por fin del barranco al sol. El remate de la mesa era una pétreo cubierta de barco.

-Como la Torre de Caring-T -comentó Lenina.

Pero no pudo gozar mucho del descubrimiento de tan tranquilizador parecido. Un ruido de quedos pasos les hizo volverse. Desnudos hasta el ombligo, sus cuerpos morenos obscuro pintados a rayas blancas (como el asfalto de las pistas de tenis, explicaba más tarde Lenina), deshumanizado el rostro por arabescos escarlatas, negros y ocre, dos indios venían corriendo por

el sendero. Su negro pelo estaba trenzado con piel de zorro y franela roja. Un manto de plumas de pavo flotaban sobre sus hombros, altas diademas también de plumas brillaban alegremente alrededor de sus cabezas. A cada paso que daban tintineaban sus brazaletes argénteos y sus pesados collares de hueso y cuentas de turquesa. Se acercaban sin decir palabra, corriendo quedamente con sus mocasines de piel de gamo. Uno llevaba un plumero; el otro, en ambas manos, algo que mirado a distancia parecía como tres o cuatro cabos de cuerda gruesa. Una de las cuerdas se retorció inquieta, y súbitamente vio Lenina que eran serpientes.

Se acercaban cada vez más; miráronles sus sombríos ojos, pero sin hacer un signo de reconocimiento, ni la menor señal de haberlos visto o de haberse dado cuenta de su existencia. La inquieta serpiente colgaba ahora, fofa, cual las demás, los dos hombres siguieron adelante.

-No me gusta -dijo Lenina-. No me gusta ni pizca.

Menos le gustó aún lo que les esperaba a la entrada del pueblo, donde les dejó el guía mientras iba en busca de instrucciones. La suciedad, lo primero; las pilas de basura, el polvo, los perros, las moscas. Su rostro se crispó en una mueca de disgusto. Llevóse el pañuelo a la nariz.

-Pero, ¿cómo pueden vivir así? -estalló con voz de indignada incredulidad- No es posible

Bernard se encogió de hombros filosóficamente.

-Sea como quiera -dijo, llevan haciéndolo cinco a seis mil años. Creo, pues, que ya deben estar acostumbrados.

-Pero si "A falta de fornicidad, lo mejor es curiosidad" -insistió ella.

-Sí, y "La civilización es la esterilización" -replicó Bernard, terminando en tono irónico la segunda lección hipnopédica de higiene elemental-. Pero esta gente no ha oído nunca hablar de Nuestro Ford, y no están civilizados. De forma que es inútil que...

-¡Oh! -ella se aferró a su brazo-. Mira.

Un indio casi desnudo bajaba lentamente desde la terraza del primer piso de una casa vecina -peldaño tras peldaño-, con el trémulo cuidado de la avanzada edad. Su rostro estaba profundamente surcado de arrugas y tan negro cual una máscara de obsidiana. Tenía sumida la desdentada boca. En las comisuras de los labios y a ambos lados de la barbilla crecían unos cuantos pelos cerdosos, casi blancos sobre la oscura piel. El largo pelo destrenzado le caía en grises mechones. Tenía el cuerpo encorvado, y tan escuálido que parecía no tener carne sobre los huesos. Bajaba muy despacio, deteniéndose en cada escalón antes de aventurarse a bajar otro.

-¿Qué le pasa? -susurró Lenina. Tenía los ojos desorbitados de pánico y horror.

-Es que es viejo, nada más -respondió Bernard tan indiferente como pudo.

Estaba confuso también; pero hizo un esfuerzo para parecer impávido.

-¿Viejo? -repitió ella-. Pero también el Director es viejo; hay muchas personas viejas, pero no como éste.

-Es porque no les dejamos ser como éste. Les protegemos de las enfermedades. Mantenemos artificialmente sus secreciones internas en un juvenil equilibrio. No dejamos descender la cantidad de su magnesio y su calcio por debajo de la que tenían a los treinta años. Les transfundimos sangre joven. Mantenemos su metabolismo permanentemente estimulado. Por eso no son como éste. Y también -agregó- porque la mayoría de ellos mueren mucho antes de alcanzar la edad de este viejo. Juventud casi intacta hasta los sesenta, y entonces, ¡zas!, se acabó.

Pero Lenina no le escuchaba. Miraba al viejo. Despacio, despacio, bajaba. Sus pies tocaron la tierra. Volvióse. Hundidos en sus profundas órbitas, lucían aún los ojos extraordinariamente brillantes. Posólos en ella inexpresivamente, sin sorpresa, como si ella no hubiese estado allí. Después, lentamente, encorvado, el viejo, pian pianito, pasó por delante de ellos y se fue.

-¡Pero esto es horrible -cuchicheó Lenina-, espantoso! No debíamos haber venido.

Buscó su *soma* en el bolsillo; pero por un olvido sin precedentes había dejado el tubo en la hospedería. Bernard tenía también vacíos los bolsillos.

No le quedaba a Lenina otro remedio que afrontar sin ayuda alguna los horrores de malpaís. Cayeron súbitos y en tropel sobre ella. La vista de dos mujeres jóvenes dando el pecho a sus niños la hizo ruborizarse y volver la cara. Nunca había visto en su vida cosa tan indecente. Y lo que la puso peor fue que, en vez de hacerse el desentendido, Bernard se puso a hacer comentarios sobre aquella repugnante escena vivípara. Avergonzado, ahora que los efectos del *soma* habían desaparecido, de la flaqueza que había mostrado por la mañana en el hotel, se violentaba para aparecer fuerte y heterodoxo.

-¡Qué relaciones maravillosamente íntimas! -dijo, deliberadamente procaz-. ¡Y qué intensidad de sentimiento debe de producir! A menudo pienso que quizá nos haya faltado algo por no haber tenido madre. Y quizá también te haya faltado algo por no ser madre, Lenina. Imagínate a ti misma ahí sentada con un nene tuyo...

-¡Pero, Bernard! ¿Cómo te atreves...?

El paso de una vieja con una enfermedad cutánea, desvió su indignación.

-Vámonos -suplicó-. No me gusta.

Pero en aquel momento volvió el guía, y haciéndoles seña de que le siguieran, llevólos por la estrecha calle entre las casas. Doblaron una esquina. Un perro muerto yacía en un montón de inmundicias; una mujer con bocio despiojaba a una niña. Detúvose el guía al pie de la escalera, alzó en alto su mano y extendióla después horizontalmente hacia adelante. Hicieron lo que les mandaba, en silencio. Treparon escalera arriba, y pasada la puerta a que daba acceso, entraron en una habitación larga y estrecha, bastante oscura y que olía a humo, a sebo quemado y a ropa que se ha llevado mucho tiempo sin lavar. Al otro extremo del cuarto se abría otra puerta, por la que penetraban un rayo de sol y el redoblar, recio y próximo, de los tambores.

Atravesaron el umbral y se encontraron en una amplia terraza. Debajo de ellos, encuadrada por las altas casas, se extendía la plaza del pueblo llena de indios. Mantas de colores vivos, plumas en los negros cabellos, reflejos de turquesa y pieles atezadas que brillaban de sudor. Lenina se llevó otra vez el pañuelo a la nariz. En el espacio libre del centro de la plaza veíanse dos